

Indiferencia

*Por Eduardo J. Padrón
Presidente
del Miami Dade College*



Este fin de año hubiera sido prometedor para renovar las esperanzas del mejor país que todos necesitamos y nos merecemos por estar entre los más laboriosos y altruistas del mundo.

Estas festividades que ya disfrutamos y las que se aproximan mañana integran la pausa necesaria en medio de los resquemores políticos y las tribulaciones económicas que a muchos agobian todavía. La idea es meditar, descansar, estar junto a la familia y comenzar en unos pocos días con más bríos.

Pero el final de año, que siempre marca un antes y después, donde se piensa en la labor realizada y se planifica la que se acerca, el país ha sido golpeado, otra vez, por la violencia irracional y en esta ocasión dañando, seriamente, la estructura de su esperanza o sea de la sagrada niñez.

Pensemos y exijamos lo que nos conviene para que la paz y la armonía sean un modo de vida, sin la interferencia de políticos, mercaderes y otros intereses creados. Es hora de desestimar la indiferencia

La tragedia está muy cerca para dejar de ser noticia. Días tras días hemos estado bombardeados por incontables puntos de vista y análisis y la interrogante sigue en el aire porque el desatino en vez de dejar pistas, suele dejar víctimas.

Ser la primera potencia del mundo no implica, solamente, tener la responsabilidad de la estabilidad mundial ante los golpes arteros del terrorismo. Ser la primera democracia funcional de esta tierra, que a veces apabullamos con nuestra arrogancia, no se refiere solamente a los bienes que somos capaces de producir y disfrutar.

Para ser los primeros, y lo he dicho en otra ocasión, tenemos que dictar pautas sociales, civiles como, por ejemplo, considerar entre nuestras prioridades el acceso a una educación universitaria de primera línea para todos aquellos que se lo propongan.

Pero lo más importante para ser el ejemplo es velar, cultivar y enaltecer el tejido esencial de la sociedad que es la familia. Más que la economía, entidad viva, que sufre los vaivenes del mercado, y manifiesta cierta inhumanidad, es el núcleo familiar el máspreciado tesoro de este gran país.

Cada vez que se produce un hecho de violencia, sin sentido, las explicaciones se esconden en algún sitio donde esos valores fueron vulnerados. Si nos hemos alzado de las cenizas materiales y espirituales esparcidas por la caída de las Torres en Nueva York, resulta inadmisibile que nos dañemos desde adentro.

No es hora de buscar culpables pues la operación nos colocaría, otra vez, en bandos contrarios y, al final, incapaces de razonar una solución realista.

El esfuerzo tiene que ser mancomunado, desde la cúpula presidencial al hogar del más común de los americanos y viceversa, en un movimiento de retroalimentación continuo.

Lo peor que nos puede ocurrir es el período de indiferencia que se ya se vislumbra esperando el próximo e inesperado golpe mortal del cual nadie está exento. En un tiempo de tanta circulación instantánea en las redes sociales, los mecanismos están establecidos para que suenen las alarmas y consideremos tomar carta en el asunto de alguna manera.

Llevamos mucho rato cultivando la individualidad y la indiferencia a no ser que seamos compelidos por un desastre natural o por estos encontronazos con lo ilógico. La solidaridad, la comunicación, el entendimiento entre los diversos estratos sociales nos despertará de un letargo improcedente.

Pensemos y exijamos lo que nos conviene para que la paz y la armonía sean un modo de vida, sin la interferencia de políticos, mercaderes y otros intereses creados. Es hora de desestimar la indiferencia.